



EL MUNDO CLÁSICO

ROBIN LANE FOX

LA EPOPEYA
DE GRECIA Y ROMA

CRÍTICA

ROBIN LANE FOX

EL MUNDO CLÁSICO

La epopeya de Grecia y Roma

Traducción castellana de
Teófilo de Lozoya
y Juan Rabasseda-Gascón

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2007
Primera edición en esta nueva presentación: enero de 2020

El mundo clásico. La epopeya de Grecia y Roma
Robin Lane Fox

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Classical World: An Epic History of Greece and Rome*

© 2005, 2006 by Robin Lane Fox

© de la traducción, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón, 2007

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-182-3
Depósito legal: B. 26.792 - 2019
2020. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Prólogo	11
Prefacio: Adriano y el mundo clásico	13
Mapas	23

PRIMERA PARTE

El mundo griego arcaico

1. La épica homérica	47
2. Las colonias griegas	57
3. Los aristócratas	71
4. Los dioses inmortales	83
5. Tiranos y legisladores	93
6. Esparta	107
7. Los griegos orientales	119
8. Hacia la democracia	129
9. Las Guerras Médicas	141
10. Los griegos de Occidente	155

SEGUNDA PARTE

El mundo griego clásico

11. Conquista e imperio	171
12. Un mundo cultural griego en proceso de cambio	185
13. Pericles y Atenas	201
14. La guerra del Peloponeso	211
15. Sócrates	223

16. La lucha por la libertad y la justicia	231
17. Las mujeres y los niños	243
18. Filipo de Macedonia	251
19. Los dos filósofos	261
20. Los atenienses en el siglo IV	275

TERCERA PARTE

Los mundos helenísticos

21. Alejandro Magno	295
22. Los primeros sucesores de Alejandro	307
23. La vida en las grandes ciudades	319
24. Impuestos y tecnologías	331
25. El nuevo mundo	339
26. La expansión de Roma	351
27. La paz de los dioses	365
28. Liberación en el sur	375
29. Aníbal y Roma	385
30. Diplomacia y dominación	397

CUARTA PARTE

La república romana

31. Lujo y libertinaje	411
32. Turbulencias en el interior y en el exterior	421
33. Los triunfos de Pompeyo	433
34. El mundo de Cicerón	445
35. La ascensión de Julio César	457
36. El espectro de la guerra civil	469
37. El dictador funesto	483
38. La liberación traicionada	499

QUINTA PARTE

De la república al Imperio

39. Marco Antonio y Cleopatra	515
40. Cómo se hace un emperador	529
41. Moral y sociedad	539
42. Los espectáculos públicos	553
43. El ejército romano	565

44. La nueva era	577
------------------------	-----

SEXTA PARTE

Un mundo imperial

45. Los Julio-Claudios	595
46. La administración de las provincias	609
47. Los efectos del Imperio	619
48. El cristianismo y el Imperio Romano	635
49. Cómo sobrevivir a cuatro emperadores	645
50. La nueva dinastía	653
51. Los últimos días de Pompeya	663
52. Un hombre nuevo en acción	675
53. Un pagano y los cristianos	683
54. Cambio de régimen en Roma y en las provincias	693
55. Presentación del pasado	701
Adriano: una retrospectiva	707
Notas	721
Bibliografía recomendada	749
Comentarios a las ilustraciones	791
Índice alfabético	807

Primera parte

EL MUNDO GRIEGO ARCAICO

Capítulo 1

LA ÉPICA HOMÉRICA

Así habló [Príamo] y le infundió [a Aquiles] el deseo de llorar por su padre. Le tocó la mano y retiró con suavidad al anciano. El recuerdo hacía llorar a ambos: el uno a Héctor, matador de hombres, lloraba sin pausa, postrado ante los pies de Aquiles; y Aquiles lloraba por su propio padre y a veces también por Patroclo...

HOMERO, *Ilíada* 24.507-511

En el año 125 d. C., durante su viaje a Grecia, Adriano se detuvo en el oráculo más famoso de la Hélade, Delfos, y planteó a su dios la pregunta más difícil: ¿Dónde había nacido Homero y quiénes eran sus padres? Los propios antiguos habrían dicho: «Empecemos por Homero», y hay muy buenas razones para que también una historia del mundo clásico empiece por él.

No es que Homero pertenezca a «los albores» de la presencia de los griegos en Grecia ni a los orígenes de la lengua griega: pero para nosotros es un buen comienzo porque sus dos grandes poemas épicos, la *Ilíada* y la *Odisea*, son los primeros textos griegos de gran extensión que se conservan. En el siglo VIII a. C. (época en la que la mayoría de los especialistas datan la vida de Homero), tenemos los primeros testimonios del empleo del alfabeto griego, el utilísimo sistema de escritura en el que se conservaron sus poemas. El ejemplo más antiguo existente hoy día data de la década de 770 a. C. y, con pequeñas variaciones, ese mismo alfabeto sigue utilizándose hoy día para escribir el griego moderno. Antes de Homero habían sucedido muchas cosas en Grecia y en

el Egeo, pero durante los cuatro siglos anteriores a su época no se había utilizado la escritura para nada (excepto en mínima proporción en Chipre). La arqueología es la única fuente de nuestros conocimientos sobre este período, una auténtica «edad oscura» para nosotros, aunque no tuviera nada de «oscura» para los que vivieron en ella. Los arqueólogos han avanzado mucho en los conocimientos que ahora podemos tener de esta época, pero la escritura, basada en el alfabeto, proporciona al historiador una nueva multiplicidad de testimonios.

No obstante, los poemas de Homero no son historia y no hablan de su propia época. Tratan de héroes míticos y de sus hazañas en la guerra de Troya y después de la conclusión de este conflicto, que los griegos se imaginaban que había tenido lugar en Asia. Había existido, en efecto, una gran ciudad llamada Troya («Ilión») y es posible que se hubiera producido realmente una gran guerra como ésa, pero el Héctor, el Aquiles y el Odiseo de Homero no son personajes históricos. Para los historiadores, el valor de esos grandes poemas es bastante distinto: ponen de manifiesto un conocimiento de un mundo real, el trampolín desde el cual podemos imaginar un mundo épico de leyenda aún más grandioso, y son el testimonio de unos valores que se dan por supuestos, pero que también se manifiestan directamente. Nos hacen pensar en los valores de su primitivo público griego, dondequiera que estuviera y fueran quienes fuesen los que lo integraran. Ponen ante nosotros asimismo los valores y la mentalidad de muchos otros hombres posteriores pertenecientes al que sería nuestro mundo «clásico». Y es que los dos grandes poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea*, fueron en todo momento las grandes obras maestras. Fueron admirados desde los tiempos de su autor hasta la época de Adriano e incluso hasta el fin de la Antigüedad de forma ininterrumpida. Los episodios de la guerra de Troya que se cuentan en la *Ilíada*, la cólera de Aquiles, su amor por Patroclo (que no se dice abiertamente que tuviera un carácter sexual) y la muerte de Héctor siguen estando entre los mitos más famosos del mundo, mientras que los relatos de la *Odisea* acerca del regreso de Odiseo a su patria, su esposa Penélope, los Cíclopes, Circe y las Sirenas siguen formando parte de los primeros años de muchas personas. La *Ilíada* culmina con un gran momento de dolor humano y de tristeza compartida, manifestado en la entrevista de Aquiles y el anciano Príamo, cuyo hijo ha perecido a manos del primero. La *Odisea* es la primera representación conocida de la nostalgia, a través de la añoranza de Odiseo, que desea regresar a su tierra natal. La obra nos ofrece casi al final un encuentro con la dolorosa vejez, cuando Odiseo llega a la casa

de su anciano padre Laertes, que continúa trabajando tenazmente en su huerto y no puede creer que su hijo siga vivo.

Los poemas describen un mundo de héroes que «no son como los mortales de ahora». A diferencia de los griegos de la época de Homero, sus héroes llevan fabulosas armaduras, gozan abiertamente de la compañía de los dioses, que adoptan forma humana, utilizan armas de bronce (no de hierro, como los contemporáneos de Homero) y van en carro al campo de batalla, donde luego combaten a pie. Cuando Homero describe una ciudad, habla de un palacio y un templo unidos en una misma construcción, aunque ambos edificios nunca coexistieron en el mundo del poeta ni de su público. Desde luego ni él ni su audiencia consideraban ese «mundo» épico básicamente suyo, sino un poco más grandioso. No obstante, sus costumbres y su marco social, particularmente los de la *Odisea*, parecen demasiado coherentes para ser sólo la confusa invención de un poeta. Se ha sostenido la existencia de una realidad subyacente tras la comparación del «mundo» de los poemas con otras sociedades más recientes carentes de escritura, por ejemplo la de la Arabia preislámica o la de las tribus de Nuristán, al nordeste de Afganistán. Existen semejanzas en la práctica, pero las comparaciones globales de este tipo son difíciles de controlar, y el método más convincente consiste en defender el uso de la realidad que hacen los poemas comparando algunos aspectos de los mismos con contextos griegos posteriores a la época de Homero. Las analogías en este sentido son muchísimas, desde la costumbre del intercambio de regalos, que sigue siendo tan importante en las historias de Heródoto (*ca.* 430 a. C.) hasta los modelos de oraciones o de ofrendas a los dioses, que persisten en la práctica religiosa griega a lo largo de toda la historia, o los valores e ideales que configuran las tragedias griegas compuestas en la Atenas del siglo v. En consecuencia, leer a Homero no es sólo verse arrastrado por el *pathos* y la elocuencia, por la ironía y la nobleza: es entrar en un mundo social y ético que resultaba conocido a la mayor parte de los grandes personajes griegos posteriores a él, ya hablemos del poeta Sófocles o de aquel gran amante de Homero que fue Alejandro Magno. En la Atenas clásica de finales del siglo v, el general Nicías, hombre acaudalado y de talante conservador, obligaba a su hijo a estudiar de memoria los poemas homéricos. Es indudable que no era el único de los jóvenes de su clase que participaba de ese aprendizaje: el noble desdén de los héroes por las multitudes probablemente siguiera vivo en muchos de ellos.

Homero, pues, siguió siendo importante en el mundo clásico que se desarrolló más tarde. No obstante, se dice que el emperador Adriano

prefería a un oscuro poeta erudito, Antímaco (*ca.* 400 a. C.), que escribió una vida de Homero. Empezando por Homero podemos corregir la travesura de Adriano; lo que no podemos es responder a su pregunta acerca de los orígenes del poeta.

Por mucho que el dios de Delfos conociera la respuesta, sus profetas desde luego no la revelaron. En todo el mundo griego había ciudades que afirmaban ser la patria natal del poeta, pero en realidad no sabemos nada de su vida. Sus poemas, la *Ilíada* y la *Odisea*, fueron compuestos en un dialecto poético artificial que se adaptaba a su complejo verso, el hexámetro. La lengua de los poemas hunde sus raíces en los dialectos que reciben el nombre de «griego oriental», pero un poeta habría podido aprenderla en cualquier sitio: era una herramienta de trabajo de los poetas que componían sus obras en hexámetros, no una modalidad de griego hablado habitualmente. Es más sugestiva la tesis que sostiene que cuando la *Ilíada* utiliza símiles de la vida cotidiana, a veces hace referencia a lugares o comparaciones específicas del mundo del «griego oriental», correspondiente a la franja costera de Asia Menor. Esas comparaciones tenían que resultar familiares a su público. Quizá el poeta y sus primeros oyentes vivieran realmente allí (en la actual Turquía) o en cualquiera de las islas adyacentes. Más tarde, ciertas tradiciones relacionarían a Homero con la isla de Quíos, parte de cuya costa es fielmente descrita en la *Ilíada*. Otras tradiciones lo relacionaban con Esmirna (la actual Izmir), situada enfrente de Quíos, ya en el continente asiático.

La cronología de Homero también ha sido muy discutida. Muchos siglos después, cuando los griegos intentaron datar su figura, la situaron en fechas que coinciden con las nuestras, entre *ca.* 1200 y *ca.* 800 a. C. Estas fechas eran demasiado tempranas, pero nosotros sabemos, cosa que los teóricos griegos no podían saber, que los poemas homéricos hacían referencia a unos lugares y palacios incluso más antiguos, con una historia anterior al año 1200 a. C. Describen la antigua Troya y hacen alusión a lugares concretos de la isla de Creta: en la Grecia continental hablan de un mundo de reyes en Micenas o Argos, hogar de Agamenón. La *Ilíada* ofrece un extenso y detallado «catálogo» de las ciudades griegas que enviaron tropas a Troya; empieza con la zona situada en las inmediaciones de Tebas, en el centro de Grecia, e incluye varios topónimos desconocidos en el mundo clásico. Los arqueólogos han recuperado los restos de grandes palacios en Troya (donde las excavaciones más recientes están ampliando nuestras ideas acerca de las dimensiones del lugar), en Creta y en Micenas. Recientemente han en-

contrado también cientos de tablillas escritas en Tebas. Podemos datar esos palacios en fecha muy antigua, los de Creta en la época «minoica» (ca. 2000-1200 a. C.), y los de la Grecia continental en la «micénica» (ca. 1450-ca. 1200 a. C.). En realidad, en la actualidad podemos afirmar que tal vez fuera Tebas, y no Micenas, el centro de ese mundo.¹ En esa época «micénica» el griego era hablado ya ampliamente y escrito en un sistema de escritura silábica por escribas que trabajaban en los palacios. En ese mismo período los griegos también viajaban ya a Asia, pero, que sepamos, no realizaron ninguna gran expedición militar. Gracias a la arqueología sabemos hoy día de la existencia de una época de esplendor ya perdido, pero Homero no habría podido conocerla en detalle. El «catálogo» de la *Ilíada* es la única excepción. Aun así, el poeta disponía sólo de relatos orales, en los cuales, después de quinientos años, no se reflejaba ni una sola de las realidades sociales. Unos cuantos detalles micénicos acerca de determinados lugares y objetos habían quedado enclavados en expresiones poéticas que Homero había heredado de sus predecesores analfabetos. Los años de formación de sus grandes relatos heroicos fueron probablemente ca. 1050-850 a. C., cuando la escritura se había perdido y no existía todavía el alfabeto griego. En cuanto al mundo social de los poemas, se basaba en una época más próxima a la de Homero (ca. 800-750 a. C.): el «mundo» de sus poemas es bastante distinto de todo lo que puedan sugerir la arqueología o los testimonios de los escribas de los antiquísimos palacios «micénicos».

En la actualidad, las fechas que dan los especialistas para Homero varían entre ca. 800 a. C. y ca. 670 a. C. La mayoría, empezando por mí, optaría por ca. 750-730 a. C., y desde luego sería anterior al poeta Hesíodo (fl. 710-700 a. C.): al menos estamos casi seguros de que la *Odisea* es posterior a la *Ilíada*, cuya trama argumental presupone. ¿Pero hubo un Homero o dos, uno para cada poema? Los textos que ahora leemos probablemente fueron objeto de arreglos y añadidos en algunos pasajes, pero al menos existió un único poeta monumental que realizó esa labor. La trama principal de cada poema es demasiado coherente para que hayan evolucionado a lo largo de los siglos como una especie de «Homero del pueblo», cual si de una bola de nieve se tratara. Los recitadores profesionales o rapsodas siguieron ejecutando los poemas en la Grecia arcaica, pero es indudable que ellos no crearon el grueso de las obras. En mi opinión, esos recitadores, a diferencia de Homero, habían memorizado los versos que recitaban: se habían aprendido de memoria un texto que se remontaba a la época del poeta

principal. No creo que el propio Homero escribiera sus poemas: fue, pienso yo, un verdadero poeta oral, heredero de otros poetas analfabetos anteriores. Sin embargo, fue el primer poeta «épico» de verdad, el que concentró sus larguísimos cantos en torno a un solo hilo conductor. Sus antecesores, como sus sucesores de menor talla, habrían cantado un episodio tras otro, sin tener nunca el don de la unidad a gran escala que poseía Homero. Es posible incluso que tengamos la trama de uno de esos poemas orales anteriores a Homero, cuyo protagonista es el héroe Memnón, oriundo de la oscura Etiopía. Si originalmente el personaje principal era él, el canto heroico griego más antiguo que se conoce habría tratado de un héroe negro.

Durante el siglo VIII empezó a difundirse por el mundo griego el nuevo invento, el alfabeto. No fue creado para escribir los grandes poemas de Homero, pero fue utilizado (probablemente por sus herederos cuando él estaba todavía vivo) para conservarlos. Eran tan buenos que disponer de un texto fijo de ambas obras habría dado lugar a muchas ganancias en el futuro. En tal caso, buena parte de lo que se nos ha conservado probablemente sea la versión dictada por el propio autor. Los poemas son bastante largos (15.689 versos la *Iliada*, y 12.110 la *Odisea*), pero es muy poco verosímil que alcanzaran esa extensión sólo durante el proceso de dictado por el propio poeta, emprendido con el fin de asegurar su conservación. Eran asimismo demasiado extensos para haber sido compuestos para su ejecución en el curso de un banquete, pues se necesitan dos o tres días para escucharlos en su integridad. Cabe suponer que fueran compuestos inicialmente para alguna fiesta (se sabe que en época posterior las fiestas griegas reservaban varios días para la celebración de certámenes poéticos, incluso en tiempos de Adriano).² Tal como se nos han conservado, no están dirigidos a ninguna familia de mecenas ni a ninguna ciudad-estado en concreto. Una gran fiesta encajaría perfectamente con ese aspecto «panhelénico» general: quizá a un Homero, famoso por haber ganado ya numerosos premios, se le concediera vía libre en una de esas fiestas, sin tener que competir con ningún rival.

Los dos poemas, las primeras grandes manifestaciones de la literatura griega, abordan ya los temas del lujo, la libertad y la justicia. Homero no utiliza la palabra empleada posteriormente en griego para «lujo» (*truphe*), ni ningún otro término que exprese su desaprobación. Antes bien, adorna su grandioso mundo épico con descripciones de lujosos palacios de oro, plata y bronce. Habla de maravillosas labores de plata de Levante, de esclavas habilidosas en la talla del marfil,

de collares de cuentas de ámbar, de tejidos y decenas de hermosas túnicas, todo un precioso almacén de objetos de valor. Los tesoros de las arcas donde los nobles guardaban sus vestidos se han perdido, pero por lo demás podemos comparar algunos de esos artículos de lujo (aunque no los palacios de fantasía) con los hallazgos arqueológicos cada vez más numerosos, sobre todo con los que han aparecido en contextos de los siglos IX y VIII a. C. Los héroes y los reyes de Homero no están «corrompidos» por el lujo: luchan en inolvidables combates a muerte por su honor, y, como Odiseo, son capaces de realizar con sus propias manos trabajos prácticos de la vida cotidiana. Los lujos que los rodean son objetos aislados que causan verdadero asombro. Da la impresión de que ni Homero ni su público nadan «hoy día» en la abundancia y el lujo, pero que dan por supuesta su existencia en un exquisito mundo de reyes.

Algunos lujos resultan muy atractivos para las mujeres retratadas en los poemas: los collares de ámbar son especialmente tentadores. Cuando son vendidas como cautivas, las mujeres también pueden convertirse en artículos de lujo y llegar a costar veinte bueyes. Pero en general los poemas representan a la mujer con una cortesía que es bastante distinta de la sañuda visión que de ella tienen los pequeños labradores en la poesía casi contemporánea de Hesíodo. En la *Odisea*, Penélope y Odiseo expresan realmente su amor, como una pareja que lograr al fin reunirse; el gran dolor de Laertes, el padre de Odiseo, es la reciente muerte de su esposa. Es totalmente incierto, por tanto, que los griegos nunca imaginaron que un hombre pudiera amar a su mujer ni que el «amor romántico» en el mundo griego sea siempre el amor de un hombre por otro hombre. La épica homérica constituye un emotivo tributo a la felicidad conyugal. También Hesíodo reconoce el valor de una buena esposa, a pesar de que sea bastante rara, pero es él, no Homero, el que describe a la primera mujer, Pandora, como causa involuntaria de las penalidades y las enfermedades que en adelante tendrán que sufrir todos los hombres mortales.

La libertad constituye asimismo un valor trascendental para los personajes de ambos poemas. En una ocasión, en un pasaje incomparable, Héctor se imagina el momento en que pueda celebrarse la libertad, se levante la «crátera de la libertad», llena indudablemente de vino, y Troya sea «libre», una vez derrotados sus enemigos. Por otro lado, está el «día de la esclavitud» que arrebató al hombre casi todos sus poderes.³ La «libertad», pues, es una «libertad de...»: de los enemigos que puedan matar y esclavizar a una comunidad, y de la «esclavitud», la condición de ab-

soluto sometimiento en la que los hombres son comprados y vendidos como objetos. También en la poseía de Hesíodo se supone que los esclavos forman parte del estilo de vida del campesino helénico, y en griego hay numerosas palabras para designarlos. No podemos señalar ningún tiempo anterior a la época clásica en el que no existiera entre los griegos la esclavitud, la posesión de unos seres humanos por otros.

Los héroes, a menudo reyes, pueden llegar a quejarse de otro rey o autoridad, pero no ansían verse «libres» de la monarquía. Dan por descontada su libertad de hacer lo que quieran ante su propio pueblo. Los nobles podrían ser esclavizados y vendidos por un enemigo, pero no les preocupa la idea de estar «esclavizados» a la voluntad de otro noble dentro de su comunidad. Tampoco están interesados en apoyar la libertad de palabra de todo el mundo dentro de dicha comunidad ni en conceder una libertad igualitaria a todos los que no pertenecen a su clase. En el mundo de la épica no hay ninguna asamblea pública en la que se depositen votos, ni se celebran reuniones porque haya derecho a celebrarlas, independientemente de que quiera o no convocarlas un rey o un noble. En la *Ilíada*, cuando Odiseo reúne al ejército griego habla con amabilidad y respeto a los reyes y a los «varones eminentes». Cuando ve a un hombre del pueblo que, como es propio de esa gente, «grita» de forma desahogada, le da un empujón con su bastón y le dice en tono grave que se siente y espere a que hablen los que son mejores que él. Cuando el insolente Tersites se atreve a insultar y criticar al rey Agamenón, Odiseo lo golpea con su cetro y hiere a aquel deslenguado feo y deforme y al que puede aplicarse cualquier calificativo menos el de heroico. Al verlo, la concurrencia de soldados estalla en una «dulce carcajada», aunque también se sienten «indignados»: por lo que se sienten «indignados» es por la desfachatez de aquel hombre lenguaraz y feo y por todo el jaleo que ha organizado, no por la forma en que lo ha golpeado el héroe.⁴ Los poemas presentan el dominio indiscutible de una aristocracia heroica. No fueron compuestos como reacción ante un mundo real en el que ese dominio estaba siendo puesto en entredicho.

No obstante, la justicia también es un valor en su mundo, como ejemplifican los remotos «abios», un pueblo «justo» que habita al norte de Ilión y hacia el que el dios Zeus desvía la mirada para no seguir viendo la guerra de Troya. El rapto de la bella Helena, esposa de Menelao, por Paris supone un quebrantamiento de la ley de la hospitalidad y los dioses acabarán castigándolo. En la *Odisea*, los dioses prefieren explícitamente la justicia a las iniquidades de los hombres; en la *Ilíada* se dice que Zeus envía violentas tormentas otoñales para castigar a

«los hombres que en la plaza dictan sentencias torcidas abusando de su poder y destierran la justicia sin ningún miramiento». ⁵ Sólo en una ocasión vemos un proceso de justicia humana en acción e, independientemente de cómo entendamos lo que está pasando, apunta a otras posibilidades que no son la voluntad autocrática de un héroe. En el canto XVIII de la *Iliada* Homero imagina por nosotros las maravillosas escenas que el dios herrero Hefesto labra en el escudo de Aquiles. En una parte de éste, aparecen representados dos individuos que litigan por la «pena» que debe aplicarse por la muerte de un hombre. La multitud los jalea y tiene que ser contenida por los heraldos. En asientos de piedra bien pulidos están reunidos los ancianos que participan en el proceso. «En medio de ellos había dos talentos de oro en el suelo, para regalárselos al que pronunciara la sentencia más recta». ⁶

Los detalles de esta escena de justicia en acción siguen estando oscuros y, por lo tanto, son objeto de controversia. ¿Discuten los litigantes sobre si debe pagarse o no un precio por la muerte del hombre? Se dice que quieren obtener el fallo de un árbitro u «hombre entendido», pero entonces ¿qué pintan los ancianos en el proceso? Parece que Homero representa a los ancianos portando los «cetros de los heraldos»: ¿Son los ancianos que luego se adelantan y pronuncian sentencias «uno tras otro»? Pero si es así, ¿quién es el «hombre entendido»? Parece que los circunstantes animan unos a una parte y otros a otra: ¿Es quizá el grupo el que decide con sus gritos qué anciano es el «entendido» y el que ha pronunciado la mejor sentencia? Los litigantes tendrían entonces que aceptar la opinión del orador agraciado con el favor del pueblo. Éste, a su vez, recibiría los «dos talentos de oro» expuestos en medio de la asamblea.

No aparece ni un solo rey en la escena y por lo tanto da la impresión de ser una invención de Homero basada en el modelo de algún acto presenciado por él mismo en su propia época, en la que ya no existía la monarquía. Un asesinato era un acontecimiento espectacular, de interés evidente para el pueblo en general. La presencia del pueblo y su ruidosa participación son seguras en esta escena de administración de justicia, que es la más antigua conservada en griego. El público de Homero seguramente reconocería los detalles, pero un logro de los tres siglos siguientes sería el sometimiento de este proceso a leyes escritas y a jurados formados por gente corriente. Como veremos, los «dos talentos» serían debidamente quitados de en medio de estos procedimientos tanto en Atenas y otras muchas ciudades griegas como también, al menos en teoría, en los procesos judiciales de Roma.